

confusion entre los partidos es grande; á la re-gencia sigue la elevacion de D. Amadeo, y á este la República; la guerra civil se vuelve á encen-der en el Norte y Mediodía de la Península, y Cuba enarbola el estandarte de la insurreccion. Despues de diez años, España se encuentra paci-ficada, aunque pobre y desprestigiada; sus Esta-dos son los mismos, y su porvenir no luce tan ne-gro como era de temer.

Hasta hoy son tenidos en consideracion sus intereses y derechos de Oceanía, no habiendo quien se los lesione sino Inglaterra, que lo ha hecho, segun acostumbra, obrando como por sorpresa, y despues cambiando notas y paseando sus escuadras por todos los mares. En Africa, hasta el dia, hemos sido respetados por todos, incluso Inglaterra, á pesar de algunas factorías que tiene en el Golfo de Guinea y la que última-mente ha establecido en el Cabo Juby. Todavía, á pesar de su ambicion y osadía, son débiles y como hechos con timidez estos amagos de colo-nizacion.

GERMAN C. DE BETHENCOURT.

EL MINISTRO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

El 23 de Mayo último fué recibido en audien-cia particular por S. M. el Rey el Sr. D. José C. Paz, Enviado extraordinario y Ministro pleni-potenciario de la República Argentina. Copiamos de la *Gaceta de Madrid* el discurso que pronun-ció dicho señor en tan solemne acto, y lo hace-mos con placer, pues esa República nos inspira viva simpatía.

Dijo así el Sr. Paz:

«Señor: Incurriria en un laconismo indisculpable, si, ajustándome á las exigencias del estilo diplomá-tico, omitiese imponeros, ante todo, de las circunstan-cias especiales que acompañan la honrosa mision que vengo á desempeñar cerca de V. M.

El pueblo argentino, de cuyo Excmo. Gobierno soy intérprete en este momento, no puede olvidar que es á la noble nacion española, cuyos destinos regís con tanto acierto como ilustrado patriotismo, á quien debe su advenimiento al mundo de la civilizacion, y ha conservado vivo tan grato recuerdo aun á través de todas las vicisitudes consiguientes á su penosa infancia y no ménos difícil organizacion, como lo son las de todo pueblo destinado á encontrar en sí mismo su porvenir y su grandeza.

En las brillantes tradiciones del pueblo español ha hallado siempre el argentino una escuela fecunda en ejemplos de virtud y de civismo, y en la hidalguía clásica de sus hijos una herencia preciosa que utilizar para dirigir sus pasos por la senda del deber y la lealtad.

Esos antecedentes tan propicios para una feliz y provechosa vinculacion de dos nacionalidades han ve-nido robusteciéndose por medio de los valiosos intere-ses que un vasto comercio ha creado entre España y la República Argentina, y forman hoy una base inco-movible para la buena armonía y los sentimientos fra-ternales que deben unir á ambos países en el presente y en el futuro.

Cultivarlos y estimular el desenvolvimiento de sus resultados naturales serán, señor, el objeto principal de todos mis esfuerzos durante mi permanencia en vuestra corte; y si, como lo espero, estos fueren coro-nados de un éxito satisfactorio, tendré la firme con-viccion de haber llenado una aspiracion constante del pueblo y Gobierno argentinos, cuyos votos por la fe-licidad de V. M. y de vuestra Real familia, al par que por la gloria y prosperidad crecientes de la nacion es-pañola, tengo encargo especial de significaros en esta oportunidad.

Pongo ahora en vuestras manos, señor, la carta credencial que tiende á hacerme reconocer en el carác-ter de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República Argentina, cerca de vuestra ilustrada corte.»

S. M. tuvo á bien contestar:

«Sr. Ministro: Grande es mi satisfaccion oyendo una vez más confirmado por un representante de los Estados que un dia formaron parte de la Monarquía española, que no olvidan los lazos que los unieron con la generosa nacion que á la sombra de su gloriosa bandera plantó en ellos el gérmen de la civilizacion, que ha contribuido poderosamente á su actual pros-peridad y grandeza.

Conservando el pueblo argentino las tradiciones de virtud y de hidalguía que le legó su antigua madre patria, y observándolas fielmente ha logrado desarrol-lar las relaciones políticas y comerciales que hoy fe-lizmente mantiene con España. Sentadas éstas sobre tan firmes bases, no es posible dudar que contribuirán á la mutua prosperidad de dos naciones tan estrecha-mente unidas por los indisolubles lazos de la sangre y la comunidad del idioma, y para lograr tan importan-te fin nada he de omitir por mi parte.

Estos son, Sr. Ministro, los deseos y propósitos que me animan, á cuya realizacion aspira conmigo mi Gobierno, y siendo ignales los del argentino, fácil os ha de ser su cumplimiento.

La nacion española, como mi familia y yo, agra-decemos profundamente los amistosos sentimientos que acabais de expresar en nombre de la República Argentina; y al recibiros hoy como su Enviado extra-ordinario y Ministro plenipotenciario en mi corte, es mi primer deber aseguraros que, correspondiendo á aquellos, hacemos fervientes votos para que el Todo-poderoso conceda con pródiga mano la felicidad y ventura que merece el noble pueblo cuya representa-cion diplomática os está confiada.»

Terminaremos con la insercion de las si-guientes líneas que tomamos de la *Nacion Es-pañola*, diario de Buenos-Aires:

«El Dr. D. José C. Paz aún no ha llegado á los cuarenta años; está en la flor de la vida, y su fisico, aunque algo quebrantado por la lucha incesante en el periodismo y en la política activa de su país, ha podi-do rehacerse con el tiempo que lleva en Europa recu-perando la salud perturbada.

En sus años de ardor juvenil demostró repetidas veces poseer un carácter enérgico, probo y recto. El valor personal en ocasiones se acercó y aun pasó al que ha dado la preeminencia en este pueblo á los cau-dillos populares.

Es, no obstante, hombre de sociedad, de instruc-cion suficiente, de perspicacia y golpe de vista clarísi-mos, merced á lo cual su carrera periodística ha sido brillante y de resultados positivos bajo el punto de vista de la proteccion del público.

Propietario y fundador del diario *La Prensa*, cuya importancia en el país es de primera línea, y cuyos rendimientos le compensan generosamente sus esfuer-zos colosales durante una docena de años, el Dr. Paz ha tomado asiento en la Cámara nacional en calidad de diputado por Buenos-Aires, y ha desempeñado comi-siones de co-redaccion de códigos y ordenanzas para la armada.

Es, en fin, un caballero en toda la extension de la palabra, cuyas vehemencias de carácter, si en los ardo-res de la juventud fueron notorias, quedaron compen-sadas con la hidalguía y honradez. Hoy la experiencia y los años, disminuyendo las exageraciones, han deja-do un hombre enérgico, pero esclavo de la razon, del maduro juicio y de la prudencia.

Aún nos queda el punto más esencial y que más interesa conocer á nuestros compatriotas del otro lado del Océano.

Hemos tenido ocasion repetidas veces de oírle los más sinceros elogios á favor de los españoles, por los que profesa un cariñoso respeto.»

REVISTA EXTRANJERA

Es una bienaventurada tendencia de nuestros tiempos, que por sí sola demuestra la amplitud de miras con que hoy se consideran unos á otros los pue-blos y por los sabios se estudia la historia, el afán de inquirir el origen, la nobleza y el porvenir de las razas desheredadas de la fortuna, de los pueblos destinados á larga y como ingénita servidumbre y á ser más que soberanos súbditos y esclavos para quienes suena

tarde ó nunca suena la hora de la emancipacion. Es tipo de esos pueblos el hebreo; pero no es el único. Los gitanos, que por todas partes parodian los idiomas de sus huéspedes y más los vicios que las virtudes de las naciones en que se alojan, sin carecer por su parte de buenas y malas cualidades; la mayoría de la raza negra que conocemos los blancos; una gran parte de los malayos, adormecidos con el opio para no empu-ñar el *cris* que los vengue de sus opresores; hasta los mismos chinos, que salen de su patria para engañar tal vez y que al cabo resultan engañados; mil y mil pueblos, á quienes los más civilizados hacen soportar el yugo con demasiada dureza, ya son, gracias á un progreso de nuestra edad, objeto preferente de la his-toria y de la política. Las potencias coloniales han recibido de la Providencia este encargo, y á pesar de sus excesos y de sus crímenes en la historia, lo des-empeñan ensanchando cada vez más los límites del mundo civilizado.

Por su número y por la duracion de sus desgra-cias ocupa el primer lugar la raza negra, que por más que haya fundado imperios entre los de su color, ja-más de una manera permanente ha sometido á los blancos. Nuestra literatura no es de las que ménos pueden agradar á los modernos abolicionistas. Esta raza ha sido rehabilitada en la escena con la obra *El valiente negro en Flandes*, ántes que las tablas de los teatros resonasen con los discursos de los que pro-claman los derechos del negro, y el arte dramático español, ántes que el Parlamento inglés, proclamó con Wilberforce estos altos y generosos principios, que por ser ya un sistema honran tanto la civiliza-cion moderna. Un misionero español, Gumilla, el autor del *Orinoco ilustrado*, obra de que se olvidan los españoles y recuerdan los bibliógrafos extranjeros con singular aprecio, estampó en sus escritos notables palabras sobre este asunto. «Es cierto que la hermo-sura no consiste sólo en el color blanco; de este color hay caras muy feas, y del color negro las hubo muy hermosas, y en lo literal consta que la Esposa que se arrebató la corona y los cariños del Rey (Salomon) fué negra y muy hermosa, y áun el Mantuano, instru-yendo á un jóven, mal informado en este punto de apreciar colores, le puso á la vista cuánto más apre-ciamos las violetas, en contraposicion de otras mu-chas flores blancas; de modo que en esta materia, el aprecio nace, no del color ni de la cosa ó persona que le tiene, sino del afecto con que se mira, por lo cual dijo el adagio:

«*Quisquis amat ranam, ranam putat esse Dianam.*»

Dicho esto en honra de nuestra antigua literatura, añadiremos que esta raza por lo numerosa y lo fuerte, y á pesar de su tradicional servidumbre y á pesar de ser trasplantada como las flores de estufa, no es des-pues de todo la que más efectivas pérdidas ha sufrido en la historia. Esclavizada, hubo interés en conser-varla, porque su conservacion era un lucro, mientras la primitiva americana ha ido desapareciendo, de re-pente en unos países y paulatinamente en otros, hasta el punto de que Cooper, Longfellow, Clavigero y otros parecen haber escrito el testamento de los ame-ricanos al escribir su poesia y su historia. Ya el citado Gumilla decia que varias naciones americanas no eran más que escaso número de familias unidas por el dulce vínculo de un mismo idioma, y Humboldt nos habla de un papagayo que conservaba las únicas pala-bras conocidas de la lengua de una tribu, ya desapa-recida del mundo y áun de la historia. España es, de todas las grandes potencias coloniales, la que ha con-servado mayor número de estas naciones; Holanda y Portugal ocupan un término medio en esta escala de filantropía; Inglaterra y los Estados-Unidos el último, porque donde se estableció su dominacion, aquellas razas concluyeron por toda clase de medios empleados para exterminarlas. Así como gran número de islas sembradas por toda la extension del Atlántico no son para los modernos cosmógrafos y geólogos más que restos de un gran continente sumergido, así muchas naciones actuales de los indios no son más que restos de los poderosos imperios que otro tiempo fundaron su padres. Primero huyeron y desaparecieron los hombres; más tarde el bisonte y el castor, continua-mente perseguidos, abandonaron las patrias tierras inhospitalarias. No pasan de 500.000 los restos de in-dios llamados con nombre générico *pieles rojas*: en la América meridional todavía subsisten numerosas y fuertes estas razas, que han dado héroes á la Arauca-

na, señores al Chaco y aliados y amigos á las repúblicas hispano-americanas. Los *caribes*, los *guaraníes*, los *araucanos*, los *puelches* aún existen; los *choctaws*, los *sioux*, los *apaches*, los *comanches*, los *natchez* bajo la influencia de una civilización diferente, apenas aparecen sino como *rari nantes in gurgite vasto*, continuamente perseguidos; los Estados-Unidos apenas tienen ejércitos sino para acorralarlos, no excediendo de 87.614 hombres la guardia nacional, teniendo en cambio 87.891 millas de ferro-carriles en explotación y 173.350 escuelas públicas.

Y sin embargo, ¡qué gran representación hubieran podido tener en la historia algunas razas americanas! ¡qué caracteres los de algunos jefes, astutos como Ulises, prudentes como Nestor, valientes y arrebatados á la par de Aquiles, ya que no tenemos otros tipos de comparación que los de la antigüedad clásica! ¡Cuántas veces á la sencillez de paloma de los americanos respondió la serpentina astucia de los europeos! Guatimozin en las llamas, Caupolicán al frente de sus ejércitos, Magiscatzin y Xicotencal en aquella nueva Esparta de Tlascala, y mil y mil héroes de la Iliada americana no son inferiores á los de la homérica. Atados al poste del sacrificio, en medio de sus humeantes cabañas, escucharon la buena nueva del Evangelio que se les llevaba tantas veces con el exterminio; pero que no por eso dejaba de ser la mejor que oyeron los hombres, ó cuando no, fundaron los poderosos imperios que conocimos y muchos más, anteriores al descubrimiento que no ha registrado la historia, ó desapareció bajo las ruinas de sus naciones esa raza de bronce que desafía la muerte con los cánticos y hace respetar la pipa de paz como los romanos la lanza de los *feciales*, esa raza en que los hombres tuvieron de bronce el corazón como el color de la tez. Cuando se estudie imparcialmente la historia colonial, que será tal vez, y el día aún está muy lejano, después de perder todas sus colonias americanas los países europeos, el grande, el providencial encargo de nuestra patria en el nuevo continente brillará á la vista de todos, y Bartolomé de las Casas, Pedro de Gante, Francisco Solano, Cipriano Barace, Pedro Claver y toda la numerosa pléyade de misioneros españoles vencerán sin duda en la imparcial comparación á los conquistadores anglosajones, que anunciaban como un gran triunfo para la civilización la ruina de una tribu india, destrucida entre las garras del leopardo inglés ó del águila norteamericana.

**

Otros pueblos hay que arrastran una vida lánguida aunque independiente, y entre ellos el persa es quizá el más notable. Los güebros no debían adorar al fuego más que cuando se extingue, ni Persia presentar en su escudo de armas sino al sol poniente. Rusia é Inglaterra cercan por todas partes al imperio de los Sofíes: la primera le va poco á poco arrebatando sus provincias, la segunda se sirve de él como antemural de sus Estados de la India. Persia será para estas dos potencias lo que fué la Italia para las europeas en siglos pasados, un campo de batalla del que no desaparecerán los combatientes. Hambres y epidemias devastan el país persa, y según las últimas noticias la peste del *bubon* que se ceba en Djuvanro amenaza la frontera turca en Suleimaneh y también en Kurdistan y otros territorios. El pueblo que no puede ser cristianamente civilizado debe ser fatalista; esta es la única manera de dormir sobre el tormento como si fuera en un lecho de rosas. ¡Y no há muchos años que un doctor inglés escribía un elogio de Mahoma y el mahometismo, de esa religión que, como las bebidas alcohólicas, comunicó por algún tiempo á los pueblos que la siguieron una vida ficticia para dejarlos á la postre sumidos en un letargo que jamás sacuden! ¡Ya lo saben los gobiernos europeos, la peste del *bubon* amenaza por Oriente y hasta se cierne como un lúgubre espectro sobre las fronteras turca y rusa!

**

No buscando regiones más templadas como las aves viajeras, sino los helados climas de ambos polos, se dirige la ciencia moderna á remotos mares para resolver uno de los grandes problemas de este siglo. Nuestros marinos de los pasados siglos no amaban tanto el arte por el arte. Ross, Parry, Franklin, Nordenskiöld dejarán en los anales de tales empresas esclarecido recuerdo de su nombre. El último sobre todo, que

ha paseado el escandinavo pabellón de las tres coronas por mares nunca de antes navegados, no contento con su célebre expedición del *Vega*, va desde Escocia en el vapor *Sofia* á la costa occidental de la Groenlandia, más para explorar este país en su interior que para adelantar por esta vez en el conocimiento de las tierras y de los mares árticos. La ciencia bendice tales viajes, que no pueden proponerse otra cosa que el progreso de la ciencia misma, y cuyo solo objeto demuestra cuánto se ha elevado el nivel de la civilización desde el siglo XVI al XIX.

**

El Gobierno francés trata de señalar una pensión de 25.000 francos á Pasteur, el eminente naturalista, que ya disfruta como recompensa nacional una de 12.500, declarándola trasmisible á la esposa é hijos del agraciado. Excusado será que repitamos aquí los grandes servicios de Pasteur en el campo científico, algunos de los cuales hemos indicado ya á nuestros lectores. Inglaterra manifestó con semejantes muestras de aprecio la gratitud de la patria á Davy, el inmortal inventor de la *lámpara de los mineros*, y á Jenner, el descubridor de la vacuna, teniendo en cuenta que la gloria póstuma no satisface bastante las necesidades del sabio, y que honrando la patria á sus hombres célebres se honra á sí misma, preparándose además buen número de discípulos que igualen ó superen la fama de sus maestros.

La baronesa viuda de Rothschild ha destinado 500.000 francos para crear en París un asilo de escritores ancianos y pobres. A la Clemencia Isaura de nuestros días el parabien de los literatos de todas las naciones.

**

De un descubrimiento médico, que puede tener verdadera importancia, debemos dar cuenta á nuestros lectores. Trátase del *photophoro eléctrico frontal* de M. Hélot y Trouvé. Es una lámpara cuya luz, alimentada por la electricidad y muy intensa y variable, á voluntad del operador, con sólo un ligero movimiento de una lente, se debe á la acción de una pila de bicromato de potasio. Dicha luz, que ilumina el fondo de las cavidades naturales de una manera tan viva, facilitará la ejecución de ciertas operaciones y desviará un gran obstáculo que se oponía á su buen resultado. ¡Por cuántos progresos de la artillería valdrá este invento! Calcúlelo, si puede, quien sepa que el último fin de los progresos científicos debe ser, no la invención de nuevos placeres, problema digno del romano Apicio ó del epicúreo pompeyano Diomedes, sino en disminuir todo lo posible los males propios de la condición humana.

**

Entre Dinamarca y Prusia se ha suscitado un conflicto en que toda la justicia está de parte de la primera. Sabido es que en una guerra en que la fuerza venció al derecho, el Gobierno de Bismarck se apoderó de los ducados á pretexto de que países alemanes y que hablaban esta lengua debían ser de Alemania, como si los idiomas fuesen la única señal de nacionalidad y estuviesen distribuidos como en un tablero de ajedrez las piezas propias del juego. En virtud del tratado de 1873 los hijos de los ducados que tuviesen veinte años de edad quedaban exentos del servicio militar; pero en el último reemplazo se ha infringido el tratado llamándolos á las armas. En Copenhague la protesta ha tomado la forma de una sociedad para la *neutralización de Dinamarca*, de objeto algún tanto vago y de incierto porvenir, pero á la que no ha faltado razón para su establecimiento. Por su parte el ministro prusiano Puttkammer ha sostenido en las Cámaras que los hijos de los daneses del Schleswig, al cumplir la mayor edad, deben declarar cuál de las dos nacionalidades prefieren; si optan por la danesa son expulsados del territorio, y si por la prusiana se les alista como soldados. Los aldeanos no entienden de semejantes distinciones, y apelan á las armas para no tomarlas en servicio de Prusia. Ya que no el derecho, de algo ha de servir la fuerza; y si ésta no sirve, quede al menos á la heroica tierra de Jutland la satisfacción de tener de su parte la desinteresada simpatía de Europa.

**

La prensa extranjera nos habla de algunos muy recientes inventos, algunos de los cuales nos hacen re-

cordar el *plura transcribo quam credo* de nuestro viejo P. Mariana, y el *credat Judæus Apella* del más viejo, Horacio. Ya se nos dice que el Dr. Guidrah, con su *electroscopio*, ha hecho presenciar á gran número de personas las carreras de caballos de Flegmington á los que no asistían á ellas, pero veían reflejarse el espectáculo en una placa de metal blanco bruñido situada en un lugar oscuro; ya se nos habla del Dr. Little, en Filadelfia, que trasladó la *conjuntiva* del ojo de un conejo á un pobre que había perdido la vista, asociándose á la gloria de esta operación los nombres de los Doctores Fox y Hewson, ya del *glosógrafo*, aparato que reproduce las palabras del que está hablando, adaptado á los labios y que hace mover un lápiz que escribe el discurso, invento que podrá desvirtuar el mejor sistema de taquigrafía; ya, por último, se elogia á monsieur Tarnier, que ha ensayado en la casa de maternidad de París un *incubador de niños*, aparato en que se conservan á una temperatura determinada, de 30 centígrados los niños que nacen antes de tiempo, permaneciendo bajo esta influencia desde dos días, que es el *mínimum*, hasta seis semanas que es el *máximum*. Por cierto que si tales inventos son lo que se creen, se habrá desmentido aquella sentenciosa frase de nuestro Séneca, que algún malicioso pensaría en aplicar á las corporaciones científicas: *Academici novam induxerunt scientiam; nihil scire*.

**

Otro curioso dato estadístico podemos comunicar á nuestros lectores. Las cabezas de ganado en los Estados-Unidos son, según el último censo, 38 millones, y 30 de ovejas y 48 millones de cerdos, origen de la gran prosperidad de Chicago y otras ciudades. La India tiene 30 millones de cabezas próximamente, Rusia 29 y 20 millones de caballos, los Estados-Unidos 10.500.000 y 3.500.000 Austria, Australia 80 millones de ovejas, la República Argentina 68 y 63 Rusia, la India 20 millones de cabezas, Africa 15 millones y Méjico 9. La única riqueza de los tiempos de Abraham y Lot, hoy todavía, aunque muy desigualmente distribuida, es la principal de muchas comarcas. El antiguo viajero francés Bourgoing en su peregrinación por nuestro país adivinó al parecer, á pesar del fomento que recibió entre nosotros, la próxima decadencia en cantidad y calidad de este ramo de la riqueza pública.

Acabamos de presenciar, aunque de lejos, las llamadas fiestas de corte con motivo de la venida de Don Luis de Portugal. Se ha dicho una vez más que la corte de España es fastuosa; pero en realidad ¿esto es un elogio? A las veces, el museo arqueológico se pasea á la vista del público en este país de las procesiones, y nos preguntamos: ¿por qué el carruaje llamado de Doña Juana la Loca no saldrá de cuando en cuando por las calles de nuestra capital? Y con frecuencia recordamos que Mercier, en su *Tableau de Paris* (tomo XI, p. 75), indica que al acercarse la revolución francesa (1783) no salía el Rey de Francia sin cortesanos, sin guardias francesas y suizas que estrechasen las filas del pueblo para que los cortesanos hiciesen más desahogadamente las genuflexiones de etiqueta, y sin que se diesen puñados de dinero al pueblo, mientras que el Rey de Inglaterra, al pasar desde el palacio de la Reina á Saint-James, sólo llevaba delante tres soldados con lanzas viejas, sin que nadie se detuviese para verlo pasar. Y Mercier concluye el paralelo diciendo: Este último soberano, cuando quiere, manda salir de los puertos de la Gran Bretaña 150 navíos de línea y cuenta con súbditos que son soberanos de la India Oriental.

**

Un dato curioso para la historia de la literatura y del arte dramático.

Molière, el famoso Molière, ganaba con sus obras treinta mil libras anuales: lo que solía ganar un actor del teatro francés ó italiano; la célebre Mlle. Clairon, trece mil francos al año. En cambio, el primero no pudo entrar en la Academia francesa ni obtener sepultura en tierra sagrada. ¡Qué diferencia entre su época y la nuestra, sobre todo para el arte dramático, porque la parte de la literatura y del autor siempre es la última en semejante distribución de ganancias!

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

EDMUNDO DANTES ¹

MONÓLOGO

Paredes duras y frias,
rejas de acerado hierro,
que aseguráis el encierro
en que consumo mis dias;
si las desventuras mias
os mueven á compasion,
¡oh tenebrosa prision!
no llameis con rudo acento
las ansias del sufrimiento
trastornos de la razon.

Dejadme gozar dichoso
de la dulce libertad,
y ver en la inmensidad
del espacio el sol radioso.
¡Cuánto será delicioso
volver á la vida, al mundo,
y con placer sin segundo,
ausente de estas paredes,
en los brazos de Mercedes
decirla: soy yo, tu Edmundo!

Pero ¡ay! que tal vez infiel
ella olvidó que existí;
perjura, ingrata, ¡ay de mí!
¡La vida es un peso cruel!
Mas si tierna, pura y fiel,
guarda la fe de mi amor,
cese mi triste clamor,
que aun en este calabozo
será sensible á mi gozo
el mismo ángel del dolor.

¡Oh, Mercedes! ¡quién pensara
que el reló de la agonía
en esta cárcel sombría
triste mis horas marcara!
¡Quién del porvenir rasgara
el velo, la densidad;
tal vez la fatalidad
en el libro de mi suerte
escribió que no he de verte
sino allá en la eternidad!

Si esto lo manda el destino,
llegue mi último momento;
¡ya me ha puesto el sufrimiento
de la muerte en el camino!
Cúmplase, cúmplase el sino;
¡me faltan las fuerzas ya!
Mas la muerte no vendrá,
porque la he pedido al cielo,
y como ella es mi consuelo
sordo á mis ruegos está.

En tan crueles agonías,
y dando vueltas sin treguas,
recorro infinitas leguas
dentro estas paredes frias.
Intento contar los dias,
mas para mí noches son,
que en esta horrenda prision
jamás entra el sol, jamás,
y el tiempo mudo al compás
del latir del corazon.

¡Oh, qué tristeza, Mercedes!
¡Qué pena tan homicida!
¡Forman mi sepulcro en vida
estas tétricas paredes!
¡Ay! imaginar no puedes

¹ El argumento de este monólogo, es el siguiente: Edmundo Dantes fué preso el día de su boda con Mercedes por haberse supuesto en una falsa delacion, que habia tocado con su buque en la isla de Elba y entregado un pliego á Napoleón I. A los catorce años de estar encerrado en el castillo de If comienza el monólogo. El teatro representa un oscuro calabozo; Edmundo aparece muy estenuado, descalzo, con la barba larga, muy pálido y como si estuviese en esos momentos de vitalidad vertiginosa que preceden á la muerte, semejantes á las brillantes ráfagas de una luz próxima á extinguirse.

A su lado se halla un jergon, sobre el que cae al pronunciar el último verso.

este sufrir inclemente...
Mas ¡oh! ¡delira mi mente?
te veo en traje nupcial...
¡huye, mujer celestial,
huye, mujer inocente!

¡Qué vienes á hacer aquí
á la mansion del dolor?
No, no me hables de amor,
te quiero lejos de mí.
Mira, ya llegan por tí
los esbirros que aquel día,
en medio de la alegría
de nuestra boda, vinieron
y sin piedad me trajeron
á esta bóveda sombría.

¡Se acercan! ¡pérfidos lazos
te han tendido, era su afán;
pero ahora no podrán
arrancarte de mis brazos!
¡Primero me harán pedazos,
infames!... mas, ¿dónde estoy?
¿quién es ella, y yo, quién soy?
¿qué es lo que el alma desea?
¡La soledad me rodea!
¡Oh infeliz! ¡oh, loco estoy!

¡Loco, loco yo?... ¿por dónde
se fué que ya no la veo?
O es un triste devaneo,
ó es que Mercedes se esconde.
¡Sólo mi voz me responde!
¡Oh, la estúpida locura
faltaba á mi desventura!...
Nó; soñó el alma dormida
con las cosas de la vida:
¡el soñar es gran ventura!

Colmad, oh sueños, mi afán...
¿Qué he escuchado?... ¡Cuánto hiela!
Alertas da el centinela,
rugidos el huracan.
Sí, yo existo (*Tocándose.*); pruebas dan
de estas penas el rigor...
Mercedes, mi dulce amor,
ven, aunque en ensueños sea,
que con tal que yo te vea
se calmará mi dolor.

¡Ah! si el crimen ominoso
manchara mi breve historia;
si viniera á mi memoria
un hecho vilipendioso,
padecer tan horroroso
no abrumara mi existencia;
pero ¡ay! que de mi conciencia
el espejo sin mancilla
me dice que ante Dios brilla,
sólo ante Dios, mi inocencia.

¡Y qué me importa este mundo,
mundo deleznable y vano,
si ya en su Autor soberano
fija su mirada Edmundo?
¡Oh calabozo profundo,
hablad, responded! Los dos
nos entendemos (*Tose.*): ¡qué tos!
¡Qué frialdad! ¡Oh fiera suerte!
Mercedes, muero sin verte,
¡adios, Mercedes, adios!

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

BASES PARA EL ADELANTAMIENTO

DE LAS CIENCIAS MÉDICAS

El hombre, entre todos los seres que pueblan nuestro globo, es el más débil y más lleno de necesidades naturales.

Su endeble y prolongada infancia, bien diferente de la de otras especies por su desnudez y desvalimiento, demanda nimios y asiduos cuidados para alcanzar la incolumidad que ha de erigirle un día en miembro del cuerpo social.

Dado este caso, por la ley que preside al mantenimiento de su especie, se constituye en familia: hé aquí trazado el perfil de la marcha cíclica del individuo y su multiplicacion, del árbol y de los frutos.

No es su historia—esa maestra de la vida—ni su constitucion política, económica ó social, lo que nos proponemos examinar, á pesar de su inmensa trascendencia para el vigor, salud y prosperidad de las razas humanas, sino las condiciones morbosas íntimas que presiden los actos biológicos de las deleznable organizaciones de esas colectividades en su vertiginoso tránsito desde la cuna hasta la tumba. Esta es la síntesis de nuestro objetivo: «recordar que siendo la salud y longevidad el mayor de todos los bienes dentro del término fatal de la muerte que una ley superior impone al hombre, existen poderosos medios para retardar el cumplimiento de aquel funesto plazo.»

Muchas y difíciles son las reglas á que debe ajustarse la conducta del médico para conseguir la dulce satisfaccion de curar ó aliviar al paciente; pero no olvidándose el profesor de que su mision es auxiliar á la naturaleza, porque ella es quien cura, limitará su accion en gran número de casos más bien al papel de espectador que de actor, conformándose con el carácter de una prudente *intervencion armada*, como ahora se dice. Empero, entiéndase bien, que la espectacion fria ante una dolencia grave se erige en falta reprobada por el sentido comun: jamás debe ser indiferente al médico, el triunfo de la enfermedad.

La higiene ocupa el primer lugar para anteponerse al desarrollo de las enfermedades. Esta verdad trivial debe proclamarse diariamente en las escuelas, talleres, cátedras, centros de instruccion de todas clases, y hasta en el púlpito, donde creemos que debiera estar permanente el paño de predicacion sobre un tema tan vital para la vigorosa y prolongada *macrobia* de las presentes y futuras sociedades. El buen régimen, comprendido en el conjunto de reglas que abarca la *vida de templanza*, es el fundamento de todo plan preservador de esa *negra sombra* que persigue implacable al cuerpo del hombre: la enfermedad.

El interesante articulado del sabio código higiénico proscribiendo con severa experiencia los vicios asaz multiplicados y difundidos en el linaje humano, pone en relieve los que por generacion afectan á la herencia como uno de los principios nosogénicos más positivos, más generalizados y más mortíferos. En efecto, considerando que cada individuo cuenta en el círculo de sus progenitores diez y seis tatarabuelos, ocho bisabuelos, cuatro abuelos y dos padres ¹ pudiendo heredar las cualidades patológicas que cada uno y todos lleven en su organismo, nadie que se precie de médico racionalista y no empírico podrá desestimar aquella *demonstracion gráfica de las fuentes patogénico-genealógicas de cada paciente por línea recta*.

¹ Véase la «Tesis sobre la patogenia de las enfermedades» por el autor, página 22. Madrid 1882.

La Etiología de la pellagra, ó sea de la pluralidad de enfermedades que afligen al género humano, por el Dr. D. Faustino Roel, médico primero de número y decano de Medicina de la Beneficencia provincial de Oviedo, etc.: obra calificada por la Real Academia de Medicina de Madrid de *sobresaliente entre las más sobresalientes* y laureada con el premio Rubio; consta de más de 700 páginas, 23 cromos-litografías y un mapa con la distribucion geográfica de 30 leproserías en la provincia de Asturias.

Se vende en las librerías de Baylli-Bailliére, Moya y Fernando Fe, Madrid.

En dichos establecimientos se halla tambien á la venta la «Tesis sobre las principales causas de las enfermedades que sufren nuestros semejantes» por el mismo autor.

(Nota de la R.)